

Era el suyo un trabajo duro. Una labor que casi siempre le costaba sudor y dinero. Fue además un trabajo desinteresado. D. Juan Bernier nunca quiso aprovecharse de los hallazgos para hacer negocio o ganar dinero. Cuanto cayó en sus manos fue a parar a los museos locales, o al Museo Provincial o a los Ayuntamientos.

Cuando más tarde la Real Academia se dignó nombrarme miembro Numerario inmediatamente pensé en D. Juan Bernier para que constestara mi discurso. Lo aceptó complacido y toda su disertación versó sobre esa labor de arqueología de campo que tanto había practicado a lo largo de no pocos años. En los últimos años de su vida, los problemas con sus bronquios, le hizo imposible proseguir esa búsqueda incansable de objetos y restos por los pueblos de La Sierra o La Campiña. Pero todos los años me visitaba para conocer con idéntico empeño las mejoras realizadas en el Museo de Uliá, por el incremento de los hallazgos de los últimos doce meses. Y poco más de un año antes de morir, estuvo en Montemayor ultimando todo para la publicación del sexto tomo del catálogo artístico y monumental.

Conté además en D. Juan Bernier con un defensor acérrimo de los museos locales. Por este motivo pasamos entonces más de uno y más de dos no pocos malos ratos. Nos acusaron de expoliadores, y hasta nos amenazaron con llevarnos a la cárcel, por el «delito» de salvar un patrimonio del que nadie había hecho nada por rescatar. En plena siesta, y hasta en plena noche de luna llena, algunos quijotes subidos a un tractor mientras fondeaba la tierra para plantar viñas, esperábamos con ojos abiertos que aflorara a la superficie alguna ánfora, una inscripción, una moneda o un trozo de tubería en la finca Zargadilla. La Real Academia de Córdoba, por la actitud enérgica de D. Rafael y de todo el Cuerpo, tuvo que romper una lanza en defensa de estos «depredadores» tan despreciados. Hoy, gracias a Dios, y a la sensatez, de no pocos dirigentes, los museos locales son una realidad cada vez más extendida. Son muchos los pueblos que se honran en contar con un museo, que constituye la salvaguarda mejor del mismo patrimonio. Museos que han sido posible gracias a esa arqueología del campo, tan ardientemente defendida por D. Juan Bernier Luque.

Hoy honramos su memoria y rendimos tributo de admiración por cuanto hizo en servicio de esta Córdoba y sus pueblos que él tanto quería y tanto defendió. Su ejemplo y su testimonio serán siempre para nosotros un horizonte donde mirar, una senda donde poner los pies.

Para todos mi saludo cordial y mi afecto.

Pablo MOYANO LLAMAS

*

JUAN BERNIER, UN AMIGO EN EL RECUERDO

Ilustrísimos señores y señoras, dignísimas autoridades y pueblo de La Carlota. Con gran honor me desplazo hoy a este precioso y laborioso pueblo a rendir tributo de homenaje a uno de los hijos más preclaros.

Conocí a Juan hace muchos años, nuestra amistad surgió por nuestra por nuestra aficción a la historia y a la arqueología. Creo que él y D. Rafael Castejón marcaron para siempre esa otra faceta de mi vida, fuera de mi profesión médica.

Juan amaba la tierra cordobesa, por ese título de aquella serie de artículos titulados *Tierra nuestra*, que luego se plasmaron en un libro, son bien expresivos de su amor por Córdoba; por esta causa recorrió prácticamente todos los pueblos y puntos de nuestra provincia.

Fue un hombre afortunado: se jubiló como Maestro Nacional relativamente joven, pudiéndose dedicarse por completo a su *hobby* favorito. Fruto de esa actividad son los preciosos volúmenes del Catálogo Artístico y Monumental de la provincia de Córdoba, escritos en colaboración con otros académicos algunos también por desgracia desaparecidos. Como Dionisio Ortiz Juárez fue el alma de esa magna obra, que debe continuar en honor suyo y bien de nuestra provincia.

Durante muchas tardes estivales me reunía con él en la terraza del Bar Si-roco donde con temple senequista hablaba conmigo y otros contertulios de todo; una vez me consultaba asuntos personales médicos: de su tensión arterial, que pese a ser pediatra le medí muchas veces, del vino y la salud, y sobre todo de la historia medieval musulmana de nuestros pueblos. Yo le suministré todos los datos históricos de la época musulmana de cada uno de los pueblos que se iban publicando en los diversos volúmenes del Catálogo Histórico Artístico Provincial.

El primer trabajo que hice sobre las «coras» de al-Andalus lo lei en nuestra Real Academia por indicación y mediación suya. También con su apoyo ingresé como académico correspondiente en ella en 1976. El me animaba a seguir investigando en el pasado histórico hispano-árabe de nuestra tierra musulmana. A todo el mundo ayudaba y jamás sintió envidia de nadie. A todos apreciaba y a cada uno daba su justo sitio.

Mi amistad sincera la conservé hasta el último día de su larga vida que como hombre de bien Dios prolongó. Con su sensatez cuando algún médico le prohibía cosas por su hipertensión o por su bronquitis crónica él me consultaba y me decía: «Antonio todos los alimentos, incluidos las grasas y el vino, con moderación, no me pueden hacer daño». Y yo le constataba afirmativamente diciéndole: «Juan tu que eres un hombre que duerme con la conciencia tranquila y que vives con moderación de cuerpo y alma vivirás mucho con un poquito que te cuides». Y no me equivoqué. Hasta el último día en que espiró nunca se privó de una copita de ese néctar que tanto sirve para mantener un buen tono vital a cierta edad.

Participaba en numerosas tertulias de amigos donde reinaba la sana amistad y florecía la cultura. Y hasta su último anhelo mantuvo su mente prodigiosa, llena de moderación y de sensatez.

Su prosa y su poesía son puro reflejo de su inteligencia y extraordinaria sensibilidad para todo.

Tenía verdadero instinto arqueológico, instinto que tiene un origen germánico como su apellido. Pero tenía la virtud de ser constante y trabajador, como son los hombres de esta tierra que han atemperado su sangre alemana por la influencia de esta maravillosa tierra andaluza.

Gracias a su labor poseemos hoy los historiadores cordobeses datos importantísimos sobre el pasado histórico de nuestra provincia. Sus obra tienen además una prosa bellísima llena de amor romántico por el paisaje cordobés.

Su vida es ejemplo de moderación y austeridad. En su vivir diario se nutrió de un intenso amor a la cultura, de la amistad y de una copita de vino cordobés.

Un recuerdo emocionado para este amigo entrañable que nunca olvidaremos. El supo hacer suya aquella frase de Marco Tulio Cicerón, que dice: «prudencia es el arte de saber vivir». Vivió muchos años gracias a la sencillez y prudencia infinitas.

Antonio ARJONA CASTRO

*

RECUERDO DEL POETA JUAN BERNIER

Conocí a Juan Bernier en la primavera cordobesa de 1943. Al mismo tiempo que a los poetas Pablo García Baena y Julio Aumente. Pocos días antes Gabriel García-Gill me había presentado a Ricardo Molina por quien fui invitado a participar en una de aquellas lecturas poéticas de la «Peña Nómada», ocasionalmente asentada en una vieja taberna de la calle Morería: «Casa Camilo», lugar donde desfilarían en heterogénea y detonante mezcla, músicos, pintores, rapsodas, «cantaores», académicos, libreros y por supuesto poetas que protagonizaron inolvidables sesiones, solemnes algunas y absurdas y borrascosas otras, aunque siempre cargadas de divertidas anécdotas. Sesiones más tarde evocadas por Bernier en una serie de crónicas periodísticas firmadas bajo el seudónimo de «Linceus» que hoy constituyen una curiosa aportación a la «pequeña gran historia» de la Córdoba literaria de aquel tiempo.

Tiempo relacionado al ambiente poético de la ciudad de entonces, con recepciones de poetas amigos celebradas en la «Bodega de Pepe Diéguez» o en las tabernas de «El Gallo» y la «Sociedad de Plateros». Memorable encuentros con Dámaso Alonso, Gerarado Diego y Vicente Aleixandre, con «peroles» organizados por Ricardo Molina en honor a nuestros ilustres visitantes y entre ellos, además de los citados, los poetas Adriano del Valle, Alejandro Buisocanu, Joaquín de Entrambasgüas y Joaquín Romero Murube.

Años de ilusionada actividad literaria, sufrida y gozada por cotidianas calles luminosas con escaparates de nuestra revista en la Librería Luque, diseñados por Miguel del Moral y horas de corrección tipográfica en la imprenta «La Ibérica», bajo su oscura nave del callejón de Duque de Hornachuelos. Momentos únicos, instantes inolvidables entre los que recuerdo a Bernier, un tanto ausente, como esfumado y con apariciones sensacionales en ocasiones tan solemnes como aquella primavera velada en honor del poeta inglés Charles David Ley, celebrada por nosotros